

II° ENCUENTRO IBEROAMERICANO DE EDITORES CIENTIFICOS

-EIDEC 2010-

Biblioteca Nacional. Buenos Aires, 11 y 12 de noviembre de 2010.

Los dilemas de la edición pública

Por Lic. Sebastián Scolnik ()*

Resumen: Desde el año 2004 hemos comenzado un proceso significativo en la Biblioteca Nacional. Se trataba de reconstruir un vínculo virtuoso entre una institución estatal que buscaba reconstruirse como pública y un movimiento social heterogéneo que, por fuera de las instituciones y los cánones culturales había desplegado una imaginación creadora capaz de reinventar formas de vida en la gran crisis de comienzo de siglo.

Esta tarea agregó consistió en agregar dimensiones a las prácticas habituales de una biblioteca nacional. Ya no se trataba solamente de una tarea de reconstrucción interna, técnica, administrativa y laboral, sino también de encontrar un nuevo vínculo con la sociedad. De esta manera, y a través de numerosas iniciativas (la democratización del uso de sus salas, la creación del sello editorial Ediciones Biblioteca Nacional, etc.) se abrió un escenario que llama y convoca a la reflexión: ¿Cuál es el sitio de las políticas culturales, y más específicamente la edición pública, en el contexto de la mercantilización de la cultura y la espectacularización de sus iniciativas? ¿Cómo se articulan estas intenciones de reconstruir la escena cultural en una sociedad mediatizada que reduce las potencias creativas a un lenguaje abstracto, poblado de clichés? ¿Qué distingue la edición de textos olvidados de la lógica del coleccionismo mercantil que convierte la palabra en un objeto de consumo? ¿Puede la crítica reencontrar su espacio transformador, o está condenada a ser una opinión más de la sociedad mediatizada? Nos proponemos en esta exposición reconstruir estos dilemas para compartirlos en un diálogo abierto sobre nuestra labor.

Palabras clave: Biblioteca Nacional - edición pública - crisis de las palabras - mercado culturales - Mariano Moreno - Paul Groussac - Jorge Luis Borges - reediciones -

Revista *La Biblioteca* - emancipación - reconstrucción de lo público - esfera cultural autónoma - semiocapitalismo - horizonte emancipatorio.

Las bibliotecas nacionales latinoamericanas preceden a las naciones que las albergan. Ellas mismas se han constituido en momentos turbulentos de la vida política. Los incipientes esbozos de estados nacionales debían lidiar tanto con el peso de las tradiciones, renuentes a la promesa de la modernidad naciente, como con las beligerancias propias de una incesante deliberación. Se debatía, por entonces, el modo en que aquella palabra emancipadora se desplegaría sobre estos territorios. Había modelos y orientaciones generales a seguir, pero el significado concreto de aquellos enunciados independentistas de las nacientes revoluciones se mantenía como enigma de difícil dilucidación.

Hace ya 200 años, fue fundada la Biblioteca Nacional argentina. Su propia constitución no fue fruto de una decisión de gabinete, sino que ella misma fue expresión de la guerra en ciernes. Mariano Moreno, aún en los agitados ecos recientes de los sucesos de Mayo de 1810, pensó que en la suerte de la ilustración de los pueblos se jugaba una carta fundamental de la revolución. El creador de la Biblioteca Nacional, no tuvo reparos a la hora de encarar la empresa. Así lo denota tanto la prosa jacobina e iluminista que se desprende de sus textos en la *Gaceta Buenos Ayres*, como la severidad de la orden de expropiación de los libros a los insurrectos de Córdoba que se resistían a los primeros pasos de un proceso, en cuya fragilidad residían llamativos pliegues que precisan ser interrogados nuevamente. Este documento, la orden de expropiación que lleva la firma de Mariano Moreno y de Cornelio Saavedra, máximas autoridades de un proceso que mantenía su tensión interna, fue adquirido recientemente por la Biblioteca, aunque sin los ímpetus expropiatorios de aquella época. Resulta significativo, con ánimos más calmos, reparar en él: mientras se libraba una guerra, no sólo la preocupación de las figuras, luego llamadas próceres de la Independencia, consistía en reducir a los díscolos y apoderarse de sus pertrechos. Una mirada atenta, la de Moreno, descubría valiosos textos que pasarían luego a formar parte de las primeras piezas que componen nuestras colecciones.

Si en las inquietas jornadas de una guerra había tiempo para pensar la creación de una Biblioteca, el destino de ésta última quedará sellado a aquel acto fundacional del país. No porque sus fondos se restrinjan a la nación, dado que las primeras piezas de su

acervo eran previas y habían sido reunidas a través de los aportes de las bibliotecas personales de obispos. Sino porque Biblioteca y país compartirán desde aquel entonces, un paralelismo cargado de reenvíos, señas que denotan reciprocidades entre una y otra dimensión de la vida colectiva.

Cómo pensar sino, la figura de Paul Groussac, quién a partir de la experiencia del extranjero, logró percibir signos de una cultura cuyos matices solían pasar inadvertidos. En una prosa innovadora, Groussac llamaba a reconstruir una empresa cultural dentro de un orden conservador que se estabilizó luego de la colonización violenta y definitiva del territorio, a partir de entonces considerado nacional. El director, de origen francés, mantuvo la cuerda polémica que Moreno había iniciado en un movimiento que también lo llevó a cuestionar la autoría de éste respecto a su texto más cruento, el *Plan de operaciones*, una auténtica cartilla revolucionaria. Su labor excedió ampliamente la tarea bibliotecológica. No porque no haya producido en ella modificaciones sustanciales. Fue el inventor del *Catálogo Metódico*, que creaba las condiciones para una catalogación integral de las colecciones que se hallaban a resguardo en la Biblioteca. También ha conseguido que el clásico edificio de la Calle México, destinado originalmente al funcionamiento de la Lotería Nacional, fuese la nueva sede de la Biblioteca hasta entonces llamada Pública, y a partir de allí Nacional, en cuyas estanterías abiertas a la exposición de los libros se lo ha visto fotografiado a Borges revisando voluminosas piezas. Groussac mandó a copiar el Archivo de Indias mientras dirigía la revista *La Biblioteca*, fundada por él mismo y la que luego tuvo que cerrar como consecuencia de su irreverencia polémica. Groussac, entonces, conservador con rasgos liberales e innovador a la vez, tanto en su lenguaje como en su espíritu transgresor, ha convertido a la Biblioteca en un epicentro de la cultura del país. Tal es así, que la insurrección radical de principios de siglo veinte encontró en la Biblioteca un objetivo político de primer orden, tomando sus instalaciones y manteniendo como rehén a su director, Paul Groussac. A pesar de ello, llamativamente, el tan prestigioso como controvertido funcionario, atravesó todos los gobiernos radicales de aquellas épocas en su cargo.

La década del treinta inaugura en Argentina una zaga de golpes de Estado que tiñeron todo el siglo. El nuevo director, Gustavo Martínez Zuviría, sucedió a Groussac luego de su muerte. Prolijo administrador y bibliotecario riguroso, Zuviría acopió los fondos más valiosos de la Biblioteca, entre los que se encuentra la colección comprada en el exterior

al hispanista Fouchè del Bosc. Ha ordenado la biblioteca y editó prolijamente anuarios que inventariaban las adquisiciones nuevas y su clasificación, pasando a triplicar las existencias de los fondos bibliográficos. Sin embargo, su paciente labor no estaba exenta de polémicas. Zuviría era un católico integrista con fuertes inclinaciones al nacionalismo y al antisemitismo. A diferencia de su antecesor, que hacía del laicismo una bandera irrenunciable, Zuviría impulsó la enseñanza católica obligatoria cuando era Ministro de Instrucción Pública. También fue escritor utilizando el seudónimo de Hugo Wast. Tanto su activa militancia antisemita, como su novela *El Kahal* lo llevaron a una dura polémica con el escritor Israel Zeitling, cuyo seudónimo era César Tiempo. De esa polémica surge el folleto: “La campaña antisemita y el Director de la Biblioteca Nacional” redactada por el propio Tiempo.

La llamada Revolución Libertadora, de carácter restauracionista de las jerarquías sociales, impulsó a Borges al sillón de director de la Biblioteca. Éste no sólo nos legó la más creativa e imaginativa teoría bibliotecaria, hecha de aporías, catalogaciones imposibles con sus vacíos, desvíos y puntos de fuga, sino que también mantuvo el perfil polémico de la Biblioteca. Tanto por sus intervenciones políticas, era profundamente antiperonista, como por su destreza tan reconocida para elaborar escenas culturales capaces de incomodar la rutina letrada de la época. Un Borges que supo hacer de sus destellos paradójales un arma irónica para desafiar su época hecha de dogmatismos y estrechos localismos.

El actual edificio de la Biblioteca Nacional quizá resuene como metáfora del paralelismo señalado. La llamada Revolución Libertadora expropió la antigua residencia de Perón confiscando valiosos libros que hoy forman parte de las colecciones de la Biblioteca, y asignó aquel predio para la construcción de su nuevo edificio. Esta decisión no estuvo a resguardo de las controversias políticas. Treinta años demoró la concreción de aquel proyecto. No se trataba tanto de carencias presupuestarias, sino de un incesante movimiento en el que la historia resistía la tentación de dar por concluida la conflictiva, pero indisoluble, relación entre Biblioteca y país.

En 2004 iniciamos un proceso que es fruto, registra y elabora a su manera, el intranquilo acontecer de la Argentina. La gran crisis de comienzos de siglo, evidenció tanto la degradación de la vida colectiva, como una nueva *imaginación creadora* plagada de desafíos. Conscientes de que las instituciones estatales albergan una relación

problemática con la sociedad, era preciso reconstruir un original virtuosismo. Quizá, parte del saber de la anomalía latinoamericana de esta hora, consista en el descubrimiento de que el carácter estatal no es inmediatamente sinónimo y expresión de lo público. La singularidad que abre tal indagación, requiere una apertura de las instituciones para recobrar sus dimensiones constructivas, esto es, acompañar la creación social y cultural de los pueblos revirtiendo la indiferencia característica de las décadas precedentes. Un proyecto de tales dimensiones, precisa del abandono de ciertos hábitos que presuponen que este vínculo problemático está resuelto de antemano.

La tarea, entonces, tenía una doble dimensión: no sólo consistía en un reordenamiento técnico, edilicio y administrativo de una institución sometida a la desidia sino también, y fundamentalmente, en desplegar una imaginación capaz de abrir la Biblioteca a aquellas expresiones culturales que, en su perseverancia, han brindado nuevos significados para pensar y experimentar formas sensibles colectivas.

Muestras, exposiciones, conciertos, conferencias y presentaciones de libros convirtieron a la Biblioteca en un lugar de un activo dinamismo, democratizando sus salas y espacios a un movimiento social heterogéneo que históricamente había permanecido por fuera del canon cultural oficial. Esta vitalidad puede verificarse cotidianamente en la presencia de distintos públicos, generacionales y estéticos, que nos muestran una pluralidad de miradas y pensamientos. Sin embargo, este primer y fundamental paso, precisa no abandonar la interrogación sobre qué formas de reciprocidad logran verdaderamente mantener un diálogo que se sobreponga a la discontinuidad, posibilitando la constitución de una esfera pública autónoma y crítica de una cultura que no consigue sortear los dilemas de la mercantilización de sus lenguajes y creaciones.

Sabíamos también que la Biblioteca no podía darse por satisfecha sólo con preservar la memoria impresa del país. Era necesario difundir sus tesoros con la apuesta a que en ellos podemos encontrar claves para pensar algunos de los dilemas del presente. La apuesta es la de crear nuevos lectores cuando esta práctica milenaria se encuentra tensionada por la fuerza del advenimiento de las tecnologías globales. No se trata ni de rechazar las innovaciones, ni de festejarlas con ímpetus adaptativos. La apuesta, entonces, consiste en volver a presentar textos del pasado, con la confianza en que en ellos encontramos aliados para descifrar los confusos signos de una época que invita a la perplejidad. Si hay algo que podemos rescatar de la tradición humanista es una

sensibilidad capaz de someter a la crítica al semiocapitalismo contemporáneo, no con ánimos reactivos, sino para cobijar los acontecimientos sin renunciar a nuestras capacidades valorativas. Sumergirse en el caos semiótico, sin perecer en el intento.

Por ello hemos construido una editorial que busca ser pública retomando, de alguna manera, la hebra que dejara el editor Boris Spivakow. Se trata de experiencias anteriores como **EUDEBA** y el **Centro Editor de América Latina**, cuyo lema era “Más libros para más”. Con esa impronta, en este caso pensamos la Biblioteca como una institución que subsidia la lectura y recupera textos que se creían olvidados, a la vez que estimula las discusiones del presente en nuevos ensayos crítico. El sello **Ediciones Biblioteca Nacional** ha publicado desde su nacimiento cerca de 200 títulos integrados en distintas colecciones:

-Revista *La Biblioteca*: fundada por Paul Groussac, retomada por Borges y que ya lleva 10 números en ésta, su tercera época.

-Colección *Los Raros*: que rescata textos del olvido, tanto aquellos que han sido clásicos y el paso del tiempo los ha convertido en rarezas, como aquellos otros que por las singulares condiciones en las que han aparecido en su época fueron leídos con extrañeza

-Colección *Reediciones y Antologías* que después de Borges sabe que toda reedición funda una diferencia, un exceso respecto del original. Esta colección encuentra textos, algunos consagrados, otros míticos y misteriosos, que se creían ya perdidos. Sean libros que se re-publican con un prólogo, sean selecciones especiales de obras más bien monumentales o ediciones facsimiliares de revistas y valiosos documentos.

-Colección *Libros del Bicentenario*: Se trata de muy pequeños volúmenes del tamaño de una cajita de cigarrillos que se adquieren con una moneda en una máquina. Allí el lector, transeúnte ocasional, encontrará clásicos cuentos o ensayos y también textos inéditos de escritores contemporáneos.

-Colección *25 años, 25 libros*: co-editada con la Universidad de General Sarmiento que reúne un conjunto de investigaciones sobre los distintos aspectos del proceso democrático argentino que recomienza en 1983.

-Colección *Ensayos y Debates*: orientada a escrituras que abordan análisis y preguntas, siempre pendientes, siempre irresueltas.

-Colección *Índices y Bibliografías* que releva colecciones y las ofrece como un fichero arrojado a nuevas investigaciones. Un bosquejo parcial, si se quiere, de la aún pendiente constitución de una Bibliografía Nacional.

-Colección *Investigaciones de la Biblioteca Nacional* que publica los trabajos de investigadores jóvenes sobre los documentos y fondos bibliográficos, a través de distintos programas de becas.

-Colecciones *Libros de Música y Cuadernos de Música* que retoman rasgos de la crítica musical y recuperan, en forma facsimilar, viejas partituras que fueron redescubiertas hace poco tiempo en la Biblioteca.

-Además, hay un conjunto de publicaciones hechas en co-edición con editoriales argentinas, y otras tantas de carácter más específico.

La satisfacción por esta labor editorial no está exenta de problemas. No nos referimos a las dificultades que emanan de una institución que no estaba acostumbrada a una forma de trabajo que va más allá de sus prácticas endógenas y rigideces, ni sus procedimientos administrativos heredados con sus rituales y temporalidades parsimoniosas. Tampoco hablamos de los dilemas propios de la distribución, verdadero escollo de la edición, aunque en nuestra experiencia lo hemos sorteado satisfactoriamente, llegando a librerías y kioscos del país: un verdadero logro para una institución del Estado. El problema que queremos compartir es el del sentido. Sin ánimo de ponernos metafísicos, creemos que hoy se nos ofrece un panorama complejo, en el que la edición está sometida al incesante poder de espectacularización de la cultura. La proliferación ininterrumpida de iniciativas editoriales (que va de los pequeños sellos independientes a las grandes cadenas transnacionalizadas) presenta la ambigüedad de encontrar múltiples autores (nuevos y consagrados) que pueblan en tiempos cada vez más reducidos los anaqueles de las librerías. Así, mientras podemos encontrar nuevas perspectivas, hay una permanente exigencia de “novedad” que se inscribe en el dispositivo mercantil con extrema fluidez. La dependencia de la agenda cultural respecto a los suplementos de los grandes medios de comunicación cada vez más amenaza con convertir al libro en un objeto de consumo banal, una suerte de mercado de la opinión en el que la circulación

de teorías y autores a la moda constituyen un “deber ser” de lo que antiguamente fuera el arte de la conversación.

Sabemos de la importancia que tiene la cultura en el mundo contemporáneo. Prueba de ello es el conjunto de técnicas ligadas al lenguaje, a la estética y a la creación cultural que convierten estos dominios dados a la crítica en una marca distintiva de la valorización mercantil y la legitimidad política. Sin embargo, la consecuencia más profunda de esta modulación de la cultura, devenida mercancía, consiste en el insistente asedio para que cada uno (individual o colectivamente) adhiera al mundo tal y como se nos ofrece. Un mundo que hace de las potencias vitales un micro emprendimiento a ser autogestionado de forma sistemática bajo la forma de “proyectos de vida”. Por esta vía, la vida misma es puesta a trabajar reduciendo la cultura a un papel de mediadora de tal subordinación.

Cuando el capitalismo se ha identificado a tal punto con la realidad, cabe preguntarse por el sitio de la crítica una vez que ella encuentra cobijo en las formas de un mercado que, por momentos, nos ofrece la posibilidad de que todo pueda ser dicho e integrado. La crítica supone cierta distancia del mundo que busca pensar. Encontrarla demanda una sutil estrategia de sustracción que debe lidiar con los riesgos del aislamiento. Entre la vidriera y el gueto, debe emerger una esfera pública capaz de lograr que la crítica reencuentre sus potencias transformadoras.

Hablamos de una crisis de las palabras. Cuando ellas circulan de estas maneras, como una equivalencia general abstraída de las condiciones primeras de enunciación, se vuelve imprescindible encontrar nuevas relaciones entre palabra y experiencia. Los clichés que se ofrecen como cúmulo de imágenes puestas en equivalencia, ordenan la vida social simplificando sus términos. Los enigmas contemporáneos nunca los desentrañaremos sino somos capaces de abrir esas imágenes vaciadas de toda problematización.

Y bien, por qué todo este largo recorrido. Creemos que en la cultura se juega esta ambivalencia fundamental: ser el vehículo de una adhesión acrítica al mundo, aunque ella misma se vista con los ropajes de la crítica, y a la vez tener la capacidad para reconstruir una experiencia colectiva que haga del pensamiento una resistencia activa a la obviedad para reencarnar la lengua y restituir sus potencias emancipatorias.

Nos encontramos en esta faena, para usar una expresión de nuestro querido David Viñas. Reconstruir una institución pública requiere, a nuestro criterio, interrogarse sobre estas cuestiones fundamentales. Resguardar los textos del pasado, editar libros, abrir el espacio de la Biblioteca y democratizar sus usos forman parte de una misma obsesión cuyas dificultades e incertidumbres quisimos compartir con ustedes.

Decíamos al principio que la Biblioteca Nacional nació de la mano de un empeño libertario. Su destino depende de esta apuesta, puesto que pensar nuestra Biblioteca es pensar la suerte de nuestro horizonte colectivo.

(*) Licenciado en Sociología. Co-autor de numerosos ensayos y textos de investigación sobre movimientos sociales latinoamericanos y filosofía política. Editor de la revista *La Biblioteca* y de la editorial Ediciones Biblioteca Nacional. Coordinador del Área de Publicaciones de la Biblioteca Nacional. Editor de la editorial independiente Tinta Limón ediciones.